

M.C. Torroba

# LAS FLORES DE LA TUMBA Y OTROS RELATOS

Nova Casa Editorial



**ADIÓS PILIÑA, ADIÓS!**

Pilar se viste despacio después de asearse a conciencia. “Seguramente mucha gente acudirá a darme el pésame”. Piensa la mujer, por lo tanto debe vestirse adecuadamente. Primero se coloca las medias oscuras, después un vestido de cuello y mangas largas como requiere la ocasión. Toda de negro luto, la esposa abandonada asume su nuevo papel de viuda. Satisfecha de su aspecto se mira al espejo y, por último, anuda un pañuelo, que recoge el pelo entrelazado de hebras blancas, por detrás de su cabeza. Así ataviada, ayuda a los sobrinos a cubrir las ventanas con trapos oscuros y a disponer una mesa con viandas y bebidas para los visitantes. Pilar se siente importante. “Este es su momento”. Después de cuarenta largos años de ausencia, Antonio había vuelto al fin. No físicamente, sino en forma de una carta del gobierno de Estados Unidos donde se notificaba su fallecimiento. Pilar echa una mirada al recinto y nota que falta algo, así que va en busca de un crucifijo que coloca de forma visible sobre las velas que alumbran el retrato del esposo fallecido. “El señor cura también vendrá al sepelio y le agradecerá lo del crucifijo y las velas”, medita la mujer.

Mariana, la sobrina, la única con quien aún convive y que está también vestida de duelo, entra en el salón. No quería ser partícipe de aquella absurda comedia pero, al fin, apoya a la anciana tía y termina por complacerla. Tiene solo veinte años, pero conoce la penosa historia de Pilar, siempre esperando a un hombre que se fue un día para no volver. La abraza diciendo:

—¡Bueno! Ya está todo listo, tía.

—¿Ya salió la esquila en los periódicos?

—¡No lo he mirado! Pero sí, seguramente.

—¡Hay que hacer unos cuantos recordatorios también! ¿Y sabes si vendrá alguien de su familia?

La chica se encoge de hombros diciendo:

—No lo creo... Yo les avisé, pero ni siquiera saben de quién se trata.

El funeral se desarrolla en un ambiente festivo. Nadie se toma en serio un sepelio con el protagonista ausente. Los asistentes le echaban una miradita a la imagen del fallecido, daban un sentido pésame a la viuda y se hartaban de comer y de beber. Pilar recibía las condolencias, sentidas de unos, hipócritas de otros, ignorando el que se rieran a sus espaldas.—*Esta mujer debe de estar mal de la cabeza, te lo digo yo*—, comentaban entre ellos algunos viejos que habían conocido al finado.

Después que todos se fueran, Pilar apagó las velas y guardó el único retrato de un Antonio muy joven, que aún conservaba. Ya las cadenas de su promesa de matrimonio se habían roto. Era libre... Pero la liberación había llegado demasiado tarde.

Pilar y Antonio se conocían desde niños por ser vecinos y, desde que tenían uso de razón, se consideraban novios. Las dos familias esperaban que algún día se casaran, pero la relación se alargó durante diez años. Ella nunca miró a otro hombre que no fuera su Antonio, y no hacía caso a las murmuraciones, que abundaban en aquel pequeño pueblo de Galicia, sobre los romances furtivos del novio infiel. El tiempo pasa y cambia el carácter y las ambiciones de las personas. Antonio era de buen ver, de carácter alegre y dicharachero, algo pequeño de estatura pero fornido y trabajador. Un día, con el furor de la juventud, le planteó a Pilar su deseo de emigrar a otra parte.

—¡Vámonos a América! ¿Qué hacemos aquí? ¿Seguir como nuestros padres trabajando como burros sin tener un puto duro nunca? En Nueva York están recibiendo emigrantes españoles para la construcción ¡Aquella es la tierra de las oportunidades! ¿Qué dices Piliña? ¿Te vienes conmigo?

—¡Calla, hombre! No sabes lo que dices. Este es nuestro lugar, aquí nacimos y aquí moriremos. ¡Vaya tontería que se te ha metido en la mente! ¿Cómo dejo yo a mi madre, que ya es mayor? ¡No! ¡Quítate esa idea absurda de la cabeza, Antonio!

Pero él no era hombre de echarse atrás e hizo arreglos para marcharse. Pilar seguía en sus trece y, ante la realidad de que se embarcara con o sin ella, comenzó a dudar y se avino a correr esa aventura con él. ¿Qué hizo que desistiera de la idea y renunciara a acompañar al novio? Tal vez el dejar a la familia, o el miedo a lo desconocido. Al fin quedaron en que Antonio se iría solo y después la reclamaría a ella.

Antonio era un hombre responsable. Tuvieron un largo noviazgo y en él hubo mucho más que besos y manos entrelazadas. Quiso cumplir honorablemente. Pilar sería marcada como si la hubiera dejado plantada, y no tendría oportunidades de defenderse del chismorreo local. Propuso que se casaran antes de su partida. ¿No hubiera sido mejor para todos esperar a su vuelta? El apresurado matrimonio se celebró y se fueron a una corta luna de miel a La Coruña, ya que la partida de Antonio sería en cinco días. En el puerto, Pilar lloraba desconsolada mientras despedía al marido. Él, desde la borda del barco y confundido entre otros hombres que también marchaban a la aventura, gritó en el último momento, cuando ya el buque lanzaba su triste ulular de partida:

—¡Adiós Piliña, adiós!

Pilar siguió viviendo con la familia. Hacía una vida recatada como correspondía a una mujer casada. Acudía a la iglesia, ayudaba en la crianza de los sobrinos y bordaba manteles y servilletas para ayudar al mantenimiento del hogar. Al cabo de los días y las semanas no llegaban noticias de Antonio. Al principio ella no se preocupó, él era un poco dejado. Pilar despertaba temprano y después de sus quehaceres, acudía presurosa, acudía todas las mañanas al paso del cartero, sin perder la esperanza de recibir la carta esperada. Nada. Comentaba con su familia que algo debía de haberle pasado a Antonio. Fue a hablar con la familia de él. Tampoco tenían noticias. Pasaron los años. La gente la miraba con pena y hacían comentarios malintencionados al tropezarse con ella por la calle.

—¿Qué ,Pilar! ¿Ya tienes noticias de Antonio? ¿No será que encontró otra chica por allí?

Estos comentarios la mortificaban y, para evitar habladurías, se encerró más en casa y apenas salía. Pilar era joven y agraciadilla, y algunos hombres la requirieron de amores, pero no encontraban más que su rechazo. Incluso tras de la muerte de la hermana, el cuñado viudo le asomó la posibilidad de hacer vida marital entre ellos, por el bien de los chavales, y Pilar se encolerizó tanto que tuvieron un disgusto enorme. Él se fue de casa, casándose con otra y dejando a los hijos a cargo de ella.

Ya Pilar no esperaba ansiosa al cartero todas las mañanas. Se convirtió en una mujer triste. Sus manos se marchitaron por bordar iniciales primorosas para ajuares de novias dichosas. Las arrugas cruzaron su frente antes lozana. Pero ella seguía aguardando a Antonio, cuyo rostro en su imaginación se iba desdibujando. ¿Cómo estaría él ahora? ¿La seguiría amando? Cosas como estas se preguntaba, y no encontraba razones para su olvido. Si Antonio tuvo desde el principio las intenciones de abandonarla, ¿por qué no dio por terminado su compromiso? Lo veía una y mil veces diciendo adiós antes de partir. ¡Adiós Piliña, adiós! Y entonces, ¿por qué lo del matrimonio? ¿Acaso no sabía que la condenaría a una vida de espera y soledad? ¿Había podido el hombre a quién tanto amó ser tan cruel? Pilar se lo preguntó una y mil veces. De todas formas, fue su marido y ella su mujer. Ahora cumpliría como viuda llevando luto hasta su muerte.



¡YO SOY TU HERMANO!

El pequeño Iñaki no podía haberse imaginado que encontraría tanta diversión en aquel pueblo después que lo llevaran a regañadientes. Sin tele, ni ordenador, ni colegas para jugar al fútbol, aquello debía de ser el infierno, además de tener que aguantar a su hermanita Mary, que siempre le andaba detrás como una sombra. Allí no había ni agua corriente, y sí un montón de polvo. Era una casa vieja en Navarra, que dejaron los abuelos, y su madre, Carmen, había tratado de venderla durante años. Y qué mejor sitio que aquél para pasar unos días con los pequeños en verano.

Al día siguiente a su llegada, encontraron en la puerta a un chiquillo más o menos de la edad de Iñaki. Era bajo, aunque de constitución fuerte, con una cabeza pequeña y rapada sobre la que llevaba una boina demasiado grande que ocultaba a ratos sus ojos, un poco oblicuos y penetrantes como los de un ratón. Tenía unos rasgos ordinarios y estaba muy sucio, pero les sonrió ampliamente y, quitándose la boina en señal de respeto, dijo:

—¡Buenos días les dé Dios! Siempre paso por aquí y, como es extraño encontrar personas raras en este pueblo, me dije, ¿por qué, Pedrito, no te presentas a estos señores y te ofreces a lo que puedan necesitar?

—¿Y por qué se supone que somos personas raras? Si, mira, yo tengo la nariz en el mismo sitio que tú —dijo Carmen riendo, mientras se señalaba la nariz con el dedo. Y viendo el aspecto ruinoso del chico expresó— ¡Ahora precisamente íbamos a desayunar! Si quieres (¿Pedrito dijiste que te llamabas?), nos puedes acompañar.

Pedrito fue algo así como la tabla de salvamento de Iñaki. Con él, desde muy temprano en la mañana, vagaba por el monte recolectando bichos, cazando pájaros y mariposas y haciendo cañas rudimentarias con un palo y un sedal, con las que lograban buenas pescas. El chico prácticamente vivía con ellos y solamente se ausentaba cuando comenzaba a anochecer. No sabían dónde vivía ni si tenía familia, porque cuando se lo preguntaban cambiaba de conversación. Faltando pocos días para terminar las vacaciones y regresar a Bilbao, el tiempo dio un cambio repentino y llovió intensamente. Estaban resignados a no salir de casa cuando escampó, y el sol les saludó espléndido aquella mañana, la de la tragedia.

Carmen preparó una buena merienda y acudió con sus hijos y Pedrito a pasar el día en el río. Mientras la madre sentada sobre unas piedras se entretenía tejiendo, los niños jugaban en el agua. De repente, de la nada, se escuchó un terrible estruendo y, sin que nadie lo imaginara, bajó la riada arrastrando piedras y árboles por las faldas del

monte, arrollando a los tres niños. Sus cabecitas se hundían y emergían dando vueltas en las tumultuosas aguas.

Gritando desesperada, Carmen se lanzó al furioso torrente, logrando alcanzar a la pequeña por un pie y arrastrándola a la orilla. Pero los dos niños se perdieron de su vista. Fuera de sí, la mujer corría por la rivera tratando de divisarlos. Iñaki logró aferrarse a una roca, mientras Pedrito desaparecía en el agua. Sin pensarlo mucho, el chico se lanzó de nuevo y se sumergió en busca de su amigo. Por unos instantes no se veía a ninguno de los dos, pero, de pronto, Iñaki emergió arrastrando el cuerpo exánime del otro. Ya en la orilla Pedrito, repuesto del susto, envuelto en toallas y tiritando de frío, exclamó:

—¡Sabes que esto nunca lo olvidaré! De ahora en adelante, ¡yo soy tu hermano!

El timbre de la puerta sonaba incansable como si fuera alguien conocido y, cuando Elisa abrió la puerta, se encontró de cara con un hombre bajito que se cubría con una boina demasiado grande y en cuyo rostro moreno brillaba una sonrisa tan amplia que le ocupaba toda la cara. Se veía un poco maltrecho, y Elisa quedó desconcertada cuando le preguntó

—¿Está mi hermano Iñaki?

Que ella supiera, su marido no tenía ningún hermano, pero aun así lo llamó:

—¡Iñaki! ¡Aquí hay un hombre que te busca!

El citado acudió en pijama con el periódico en la mano y quedó un tanto perplejo por un instante. Habían pasado muchos años pero, sin embargo, enseguida reconoció a Pedrito y lo abrazó con efusión. Se podría decir que con apenas unos centímetros de más estaba igual que antes

—¡Chico! ¿Qué haces tú por aquí, y como diste conmigo? Pero pasa. Esta es Elisa, mi mujer. Ya llevamos cinco años casados. ¿Y tú cómo estás? Yo te hacía en el pueblo.

—Pues nada, que vi que estaban echando abajo la casa y le pregunté por vosotros al hombre que estaba allí. Me dijo que tu madre le vendió la propiedad y me dio un número de teléfono que resultó ser de tu hermana, que me dio tus señas. Por cierto, ¡qué guapa está tu hermanita! Quién lo iba a decir de aquella mocosa. El caso es que el hombre aquel me trajo en su camioneta y me llegué hasta aquí con la esperanza de volver a veros. No me podía marchar de Bilbao sin venir por aquí.

Pedro se abrazó a Iñaki y dijo dirigiéndose a Elisa:

—¡Él es más que un hermano para mí ,me salvó de la muerte! ¿No te lo ha contado nunca? — La mujer negó con la cabeza y él prosiguió —. ¡Si es un héroe! Le debo la vida para siempre.

—¡Vaya, no sabía nada de que hubieras llamado! Y no es de extrañar, ya que Mary solo se preocupa por ella —dijo Iñaki y, viendo la fachosa figura del hombre, preguntó—: ¡Y bueno! Háblame de ti ...Supongo que tendrás trabajo y familia.

Él lo miró con sus ojitos de ratón antes de contestar.

—¡Pues verás! Ni lo uno, ni lo otro, por eso me dije, ¡vete a buscar a Iñaki, que seguro te ayudará! Porque ya sabes, tú eres mi hermano, y como yo soy un paria en el pueblo...

—¡Y eso por qué! ¡No se ocupaba nadie de ti? Nunca nos dijiste si tenías familia, ni siquiera dónde vivías, Pedrito.

—Yo no tengo padres. Alguien me dejó allí cuando era muy pequeño, e hice de una cueva mi hogar. Un viejo al que yo llamaba abuelo me daba de comer de vez en cuando, y justo un par de días después de que te fueras lo encontraron muerto. Había sido golpeado ferozmente, con la cabeza envuelta en una bolsa de plástico. Ahogado el pobre hombre, y me echaron la culpa. La guardia civil no encontró pruebas contra mí, ¡pero ya sabes cómo son en los pueblos! Para ellos yo era culpable. Me iban a llevar a un hospicio. Pero me escondí hasta que me olvidaron y, la verdad, peor no lo pude pasar.

—¡Pues nada! Ésta es tu casa. Tengo un taller de ebanistería que era de mi papá y necesito un pinche. Mientras tanto te puedes quedar con nosotros, ¿verdad Elisa? — preguntó Iñaki. La mujer no dijo nada. Echó una mirada a aquellos ojillos de ratón e involuntariamente sintió un escalofrío.

No se podía decir que Pedro no pusiera toda su voluntad en aprender algo de provecho, y en poco tiempo ya era casi un completo carpintero. Iñaki confiaba tanto en él que dejaba el negocio en sus manos y no quería ni oír hablar del deseo del otro de buscarse algún sitio para vivir. Pedrito comenzó a sentirse incómodo, ya que era consciente de que el matrimonio no pasaba por buenos momentos, entre peleas constantes. A Iñaki se le había metido en la cabeza que Elisa lo engañaba, y estaba tan obsesionado que la seguía por todas partes. Pedro veía con preocupación la mala disposición de su amigo con Elisa, cuya aversión por él no había cambiado ni un ápice en todo este tiempo y simplemente lo ignoraba.

En los brazos de su amigo, Iñaki lloraba sobre el cadáver de Elisa. La mujer desparramada sobre el suelo del dormitorio estaba irreconocible con la cabeza masacrada a golpes y cubierta con una bolsa de plástico amarrada a su cuello. El marido la había encontrado al volver para comer y el crimen, al parecer, había sucedido temprano en la mañana.

La policía corroboró que los dos hombres estaban trabajando en la ebanistería a esas horas y que no se habían ausentado, pero no les pasó por alto las miradas de complicidad entre los dos. El historial de Pedro en el asunto de la muerte del viejo y la similitud con el homicidio, además de la antipatía de la fallecida por él, le llevó a sufrir largos interrogatorios hasta poder demostrar que no tenía nada que ver con el asesinato.

Sobreponiéndose al terrible crimen, la vida no cambió mucho para los dos amigos, que siguieron viviendo juntos en el piso y ocupándose del negocio. Al principio, Carmen y Mary acudían frecuentemente para ayudar con las compras y el manejo de la casa, pero no dejaban de aconsejar a Iñaki que debía deshacerse de Pedro, porque les daba muy mala espina. Las dos mujeres estaban convencidas de su culpabilidad, aunque la policía dijera lo contrario. No había más que mirar aquella cabeza estrecha y esos ojos de ratón para darse cuenta de que estaba desquiciado y la justicia no tardaría en echarle el guante. Sería mejor que no siguiera involucrándose con él. Iñaki terminó por pedirles

que no volvieran, pero ellas insistían en sus ruegos por todo lo que le querían, aunque él siguiera sin hacerles caso.

Una nueva desgracia les aconteció y su hermana apareció muerta en las mismas circunstancias a primeras horas de la mañana. La policía estaba desconcertada, sin ninguna pista fiable. Al parecer, Mary conocía a su asesino porque la puerta no estaba forzada. Y aunque la chica vivía sola, sí tenía un novio que se quedaba muchas veces en el piso con ella. Él fue el primer sospechoso, pero pronto se demostró que no tenía nada que ver por haber estado ausente. Otra vez, Pedro estuvo en la comisaría y fue acusado de los crímenes, pero Iñaki demostró su coartada de nuevo, jurando que había estado en su compañía.

La policía, ante los hechos innegables aunque no probados, estaba segura de que los dos hombres se tapaban mutuamente, e Iñaki fue citado a la comisaría. Sin perder ni un momento la serenidad, volvió a afirmar que Pedro había estado todo el tiempo con él.

—¡Si lo sabré yo, que vivimos y trabajamos juntos! ¡Qué culpa tiene de ser un pobre desgraciado con tan mala suerte en su vida! ¡Ya déjenlo en paz de una vez! — exclamó, y se fue muy enfadado.

Iñaki resolvió hablar con Pedro al darse cuenta de que, mientras estuviera bajo su techo, la policía no le daría descanso. Y mientras estaban solos en el taller, se acercó a él de muy buen talante diciendo:

—Ya sabes lo mucho que me ha costado sobreponerme a la muerte de mi mujer y a la de Mary. Pero mientras estés aquí, no van a dejarnos vivir. La policía es como un perro con un hueso y por tus antecedentes andan tras de ti —y le sonrió mientras el otro, sin interrumpir su trabajo, lo escuchaba en silencio—. Así que, pensando que tú estás más afectado que yo por todo esto, será mejor que te vayas a otra parte por un tiempo. Yo te ayudaré con los gastos mientras tanto. ¿Qué te parece?

Pedro lo miró directamente a la cara con sus ojitos de ratón medio cerrados, y una sonrisa de tristeza cruzó su rostro al decir:

—Cuando me salvaste la vida, Iñaki, te dije: ¡yo soy tu hermano! Y mira si lo cumplí: mentí por ti y nunca confesé que sabía que mataste a Elisa y a tu hermana, y ahora estoy casi seguro de que, a pesar de tus pocos años en ese entonces, también asesinaste al viejo. ¡Me parece buena idea el marcharme! Porque si aún estoy con vida es porque soy tu tapadera. Eres un sicópata, y que Dios se apiade de ti. Tranquilo, no me volverás a ver ni yo me pondré a tu alcance, aunque puedes estar seguro de mi silencio, ¡porque yo soy tu hermano!



# CIRCE

—¡La barbacoa tiene que ser espectacular, Braulio! Ya sabes que vienen los jefes de Fabián y gente muy importante para la comunión del nene. Así que nada de chuletas tiesas ni morcillas con más años que la abuela. Hay que olvidarse de los congelados de siempre porque son personas finas. Anda a comprar un buen cerdo fresco con don Ventura, que además prepara él mismo la chinchurria y los chorizos —le habló la hermana, y Braulio se incomodó un poco. Estaba bien que le hubieran echado una mano después de lo del robo con la poli y todo aquel lío, pero acabó convirtiéndose en el chico de los recados y el “pringado” para hacer todo lo que se les antojara a ellos.

—No pienso ir a ese chiquero, que es un asco Tere. ¿Por qué yo? La verdad es que ya me tenéis cansado de tanto abuso.

—¡Ah, claro! El señorito “bueno para nada”, encima de que está aquí como un rey sin dar ni un palo al agua, todavía va y se queja —contestó ella sin hacerle mucho caso.

Ese hermano no le había traído más que dolores de cabeza y ella, de tonta, le prometió a la madre en su lecho de muerte ver que el chico no se metiera en líos. Pero no sirvió de mucho: Braulio era lo que se llama un “pinta”. Se apareció un día con una chica toda tatuada, de nombre Tatiana, diciendo que se habían casado, y se acomodaron en su casa como si tal cosa. Teresa soportó lo que pudo, hasta que el marido le anunció muy serio que eligiera entre él y su hermano. Braulio y la chica tatuada se buscaron un piso y se marcharon, pero aquel matrimonio duró menos que un suspiro, porque Tere había juzgado mal a Tatiana, que resultó ser muy emprendedora e instaló un pequeño estudio de tatuajes que prosperó y dio buen dinero. La chica se cansó de ver a Braulio todo el día en pijama durmiendo y toda la noche de juerga, y lo echó de casa.

El asunto se puso serio cuando él decidió limpiar la casa de su exesposa y lo montó todo en un camión, tan campante. No había llegado a la esquina cuando fue detenido por la policía, y Tere mucho tuvo que rogarle a Tatiana para que retirara la denuncia del robo. Así que la hermana no tuvo más remedio que llevarlo de nuevo a su casa y, la verdad, con Fabián todo el día molesto por lo del cuñado aunado a la guerra que daban los tres hijos que tenían, la pobre mujer estaba más que harta.

Braulio, con 27 años, era un mocetón grande y se podía decir que hasta guapo. Su breve matrimonio con Tatiana ya lo había olvidado. A fin de cuentas, ella se lo perdía, que por ahí había muchas pirraditas por él.

Molesto y de muy mal humor por el madrugón, se montó en la camioneta y tomó rumbo al campo. Dejando la carretera atrás, el vehículo se bamboleaba por el accidentado camino de tierra. Aquí y allá se veían casas campestres, que iban desde acomodados chalés a casuchas de tablas y cartones bordeadas de miseria por donde correteaban chiquillos medio desnudos. “Mira que mi hermana tiene antojos, y todo por la comunión de mierda del baboso de mi sobrino”. Caviló Braulio y entre la maleza divisó la chabola de don Ventura, estacionándose frente a ella. Un corro de perros que le acechaban ladrando y enseñando los dientes le impedía bajarse del coche. Braulio nunca había visto una jauría como aquella. Calculó que serían unos treinta animales. Estos solo se tranquilizaron cuando el anciano los hizo callar con un gesto. Braulio pensó en lo bueno que sería silenciar a su hermana tan fácilmente, y sonrió para sí. El viejo se acercó a él y lo invitó a la casa.

En pocas palabras el chico informó al macilento anciano del pedido de Teresa. Don Ventura sonrió ampliamente, mostrando un solo diente amarillento que campeaba solitario en su boca y dijo:

—¡Ah, sí! ¡Cómo no! Claro, la señora del señor Fabián, la recuerdo. Ella me encarga todos los años un cerdo para las fiestas ¿Y a qué viene este pedido en Mayo?

Braulio, tendiendo su mano al hombre, se presentó:

—Yo soy el hermano de Teresa, y ella preferiría un animal entero, destrizado con sus chorizos y morcillas, para la comunión del niño.

—¡Claro, claro! Ellos son gente importante y ten-drán muchos invitados, y una comunión es una comu-nión, ¿no es verdad? Bueno, joven, venga conmigo al corral para que elija usted mismo al puerco.

Braulio siguió al anciano a través de pasadizos estrechos y malolientes, hasta llegar a la puerta de los corrales. Don Ventura se detuvo y lanzó un silbido penetrante. A los pocos momentos la puerta se abrió y apareció una chica que traía un cerdo enorme.

—¡Qué le parece! —dijo el viejo mientras palmeaba los traseros del animal. Braulio no atinaba a responder, completamente fascinado por la aparición de la mujer más bella que hubiera visto en su vida. La chica, de unos veinte años, alta y esbelta, tenía un cutis de terciopelo, donde dos inmensos ojos verdes le miraban enmarcados por pestañas largas y oscuras. Se movía con la gracia de una pantera, haciendo ondular un hermoso cabello largo y suavemente rizado que caía por su espalda como una cascada. Don Ventura notó su interés y cogiendo a la chica de la mano la puso frente a él excusándose.

—Me tiene que disculpar, es que yo no tengo buenos modales. Esta es mi hija Circe. Tuve otros hijos, pero se murieron o se fueron, solo me queda ella.

La chica, con una sonrisa, le tendió una mano fina y encantadora que él retuvo entre las suyas. Braulio estaba atónito. ¿Cómo era posible que aquella belleza estuviera a cargo de los cerdos? Sin embargo, se veía tan limpia y cuidada... Como si toda la podredumbre en la que se desenvolvía no pudiera tocarla. Braulio acordó con el viejo el precio y la fecha de entrega del animal sin poder quitar los ojos de Circe que, ocupada en sus quehaceres, fijaba de vez en cuando en él su fascinante mirada. “Volveré por ti”, se prometió a sí mismo un Braulio enamorado antes de partir.

Toda la familia de Braulio, con cierta desconfianza, observaba lo cambiado que parecía. Era el primero en levantarse para preparar el desayuno para los niños y llevarlos al colegio, y hacía cualquier mandado sin rechistar, lo que representaba un alivio para Tere, que estaba encantada con el hermano, y como cosa rara presumía ahora frente a las amistades con comentarios como “¡Braulio es como una bendición para mí! No solo me ayuda con los hijos y la compra, sino que hasta está buscando algún trabajo. Si saben de algo, ¿me avisarán? El pobre se lo agradecerá”. Y aunque Fabián era escéptico en cuanto al cambio del cuñado, el matrimonio vivía en santa paz. Pero, en realidad, el fogoso Braulio hacía todos los días el camino a casa de don Ventura para ver a su amada Circe. Por supuesto que aquello era un secreto. Qué diría su hermana si le contara que estaba rendido de amor por la chica de los cerdos.

En la porqueriza, el hombre arrebatado de pasión contemplaba a la chica en silencio mientras esta atendía a los animales. Braulio no se había dado cuenta de la enorme cantidad de porcinos que la rodeaban, y que además debían de quererla mucho porque se pegaban a ella insistentemente con un gimoteo doloroso. Eso era lo más cerca que podía colocarse de su amada. Ella no le permitía ninguna familiaridad, salvo las miradas cautivadoras que le dirigía y que eran como un embrujo para él.

Pasaron los días y las semanas. Se celebró la comunión del niño, pero Braulio seguía acudiendo diariamente a contemplar a su amada Circe. Le llevaba regalos y algún dinero que entregaba al viejo, aunque seguía sin poder acercarse a ella. Aquella situación que le desesperaba tenía que cambiar, así que decidió hablar con don Ventura para pedir la mano de la chica en matrimonio. Las explicaciones vendrían después. Su hermana le había aguantado lo de Tatiana. También esto se lo disculparía.

De pie en la chabola y muy nervioso, Braulio esperaba al viejo, que aparentaba estar muy alegre por la noticia y había ido en busca de la hija. Ella apareció más bella que nunca, con varios puercos pegados a sus faldas. Los animales miraban insistentemente a Braulio mientras emitían sonidos entrecortados que sonaban a desesperación. Ella se acercó lentamente a él, y por primera vez puso un suave beso sobre sus labios. Braulio sintió un ardor que recorría su cuerpo, y que no era de amor precisamente. Sus miembros se paralizaron, un ahogo amargo subió desde su garganta y sintió como se desvanecía. El incauto recordó demasiado tarde a la hechicera Circe, que embrujó a los soldados de Odiseo convirtiéndolos en cerdos.

Varios meses después Teresa acudía a la porqueriza de don Ventura con Fabián y los niños, que se lo pasaban de lo mejor correteando por el lugar. El viejo, muy solícito, disculpó sin darle importancia las travesuras de los pequeños, y tomó nota de los cortes

de carne que quería el matrimonio para la Navidad, asegurándoles que sus animales eran los mejores criados de la región.

—¡Ya saben que aquí siempre encontrarán la mejor calidad! —dijo, y dudando un momento interrogó—: ¿Y cómo les resultó el puerco que se llevó su hermano para la comunión? ¡Bueno, me supongo! Y, a propósito, ¿no viene el joven con usted?

A Tere se le empañó la mirada con un velo de dolor al contestar:

—No, don Ventura. Desgraciadamente, mi hermano Braulio desapareció. ¡Creo que al poco tiempo de estar por aquí! Han sido infructuosos todos los esfuerzos de la policía por encontrarlo. Además, ¿sabe que no es el primero? Otros hombres también se han esfumado sin dejar ninguna pista.

—¡Vaya...Vaya! Siento escuchar esto. Era un joven muy agradable —señaló el viejo para continuar—. ¡Pero venga, señora, pase usted! Mi hija Circe le traerá enseguida un magnifico puerco que se sacrificará mañana. Si le agrada, los mejores cortes serán para su mesa.

Circe trajo un ejemplar hermoso y fuerte que se debatía con desesperación para librarse de la correa que lo aprisionaba. El cerdo pugnaba por acercarse a Teresa, que se dio cuenta, y, extrañada, comentó:

—¡Mire este animalito! ¡Si parece hasta que me conoce! —dijo, y al poner su mano sobre la cabeza del cerdo se le empapó de las lágrimas que brotaban de los ojos porcinos. La mujer retiró la mano inmediatamente y comentó al viejo:

—No, don Ventura, este no... Me da pena. Es como si me quisiera hablar.



DONDE YO VAYA, TÚ  
TAMBIÉN IRÁS

La mujer se adelanta apresurada por la acera. Lleva un crío en una mano y en la otra una pesada maleta. El niño, casi un bebé, se tropieza y cae lloriqueando. El hombre que la sigue a corta distancia lo recoge, tomándolo entre sus brazos para apaciguar su llanto. Mira a la mujer con enojo antes de comentar.

—¿Ves lo que haces? Eres una inconsciente, Laura. Creo que estás llevando esto demasiado lejos. A ver, ¿a dónde pensabas ir? Y además llevándote a mi hijo... ¡Coño! ...Ya sabes que donde yo vaya, tú también irás, ¿Para qué te casaste entonces?

Abraza al niño con fuerza contra su pecho y retrocede mientras ella trata de arrebátárselo. Forcejean y ella comienza a gritar fuertemente “¡auxilio, auxilio!”. A sus gritos, los transeúntes miran de soslayo, pasando de largo. Los conocen, y no es la primera vez que hacen esa clase de numeritos en plena calle. En cuestiones de parejas es mejor no intervenir. Total, después a dormir juntitos y aquí no ha pasado nada.

Pero el matrimonio de Laura y José hacía meses que estaba pasando por muy malos momentos, desde que ella le anunció sus intenciones de volver al trabajo ya que el hijo estaba lo suficientemente grandecito como para ir a la guardería, y se aburría demasiado en casa. Acostumbrada como estaba a laborar y a estar siempre en movimiento, pasar todo el santo día entre cuatro paredes sin mucho que hacer la deprimía. No había más que verla: de una chica activa, joven y bonita, se volvió perezosa y dejada. Aumentó varios kilos y ya ni siquiera se arreglaba como antes.

José, que se negaba reiteradamente a que abandonara el hogar y al niño, aducía que este estaba aun muy pequeño y que esperara unos cuantos años más, pero cansado de oír las quejas de su mujer, un buen día, después de pensarlo mucho, apareció en casa con un ordenador.

—¡Mira lo que te compré! Ahora ya puedes trabajar desde la cama si quieres. Eres una buena profesional y saben que tus artículos son buenos... Créeme, no te va a faltar qué hacer, y todo sin moverte de casita.

Laura, que se encontraba recostada en el sofá con gesto de fastidio, se interesó por la nueva adquisición. “En realidad no está mal la idea”, pensó. “Volvería a estar en contacto con las editoriales y podría salir de vez en cuando”.

—¿Y el niño? —preguntó ella, acercándose para inspeccionar la nueva adquisición—. Yo tendría que acudir a algunas entrevistas. Sabes cómo es eso, ¿no?

José se emocionó al verla tan entusiasmada y exclamó:

—Pues nada cariño, a tu madre no le importaría cuidarlo un par de horas de vez en cuando, ¿no crees?

Ella asintió con un gesto y se marchó a la cocina a preparar la cena. José estaba encantado. Había solucionado el inconveniente fácilmente. “Qué problemáticas son las mujeres, ya quisiera yo vivir como ella, sin preocupaciones” meditó, y sonrió para sí muy complacido.

Laura se organizó en sus tareas para pasar unas cuantas horas frente al ordenador. Su carácter mejoró, y también su presencia. Le llovía el trabajo en casa, y cuando necesitaba arreglar algunos asuntos personalmente dejaba al niño con los abuelos, que estaban encantados de tenerlo por un rato.

Pasados un par de meses José, al llegar al hogar, frecuentemente lo encontraba vacío. Laura no estaba, y el niño permanecía con los abuelos. Por su cabeza comenzaron a danzar miles de interrogantes. ¿Dónde se metía? Cada vez sus ausencias eran más prolongadas, y llegaba a cualquier hora.

Decidió encararse con ella y comenzaron las discusiones y las peleas hasta llegar a las manos. Laura lo tachaba de machista y bárbaro, y en su furor tiraba contra él cualquier cosa que tuviera a mano. El marido muchas veces le escondía las llaves y la dejaba encerrada por días. El odio creció tanto entre los dos que no se soportaban.

José se preguntaba si aquel día que la encontró huyendo con el niño y pudo impedirlo no se repetiría. Allí debía de haber algo más. Y como el que busca encuentra, descubrió que Laura tenía un amante. Las entrevistas con las editoriales, las citas con algunas personas y todas las explicaciones sobre las tardanzas no eran más que un montón de mentiras.

Laura, matando el tiempo por internet, se había suscrito a un chat del corazón. Al principio aquello la entretenía, pero se fue interesando por un chico que insistía en conocerla personalmente. Ella accedió, y los encuentros con el amante se sucedieron habitualmente. En él encontró todo lo que le faltaba a José, y Laura se enamoró hasta el extremo de que la convivencia con el marido se le hacía insoportable. Además, ahora él la vigilaba como un halcón y cada vez era más difícil encontrarse con el amado, que la azuzaba a romper su matrimonio y huir con él y con el niño.

Después de que José abortara su intento por abandonarlo, las peleas entre ellos tenían tan alarmados a los vecinos que en varias ocasiones llamaron a la policía. Ella no sospechaba que José sabía lo del amante, ni comprendía por qué se resistía a separarse por las buenas. Para complicar más las cosas, José le anunció su decisión de aceptar un nuevo empleo en otra ciudad.

—¿Qué me dices! Debes de estar loco, o eres tonto. De aquí no me muevo, ni yo ni mi hijo. Y además, ¡olvídate del nene! Porque ya lo has visto, ¿me entiendes? Si fueras hombre y tuvieras un poco de decencia ya te habrías largado de una puñetera vez —le gritó Laura arreando una fuerte bofetada al rostro del hombre.

José se tambaleó un poco por el golpe, pero reaccionó con calma esta vez.

—Laura, es mejor que vayas recogiendo las cosas, nos vamos en una semana... Ya sabes que donde yo vaya, tú irás —dijo el hombre, y salió de la casa con un portazo

mientras silbaba una canción. Laura lloraba de rabia y tomó una decisión. Mataría al marido. José era un bicho y tenía que desaparecer de su vida.

Pasaron un par de días y Laura decidió disimular un poco y aceptar el cambio. Fingía estar muy ocupada preparando la mudanza, llenaba cajas, botaba todo lo viejo e inservible, discutía amablemente con José sobre si llevar esto o aquello mostrándose amable y tranquila: parecía que un ángel de paz hubiera pasado por aquella casa.

Al mediodía llegó José. Venía de muy buen talante. Llevaba una única rosa roja en la mano y una caja de bombones de los que a ella le gustaban. Laura vio su oportunidad, aceptó el regalo y hasta estampó un beso en la mejilla del hombre. Seguidamente marchó a la cocina y preparó en la licuadora un “batido de muerte”. Trozos de sandía, mucho hielo, vidrio molido y un frasco completo de tranquilizantes. Aquello dejaría a José fuera de combate. Si no moría por la droga, estaría tan dormido que el efecto del vidrio molido destruiría sus malditas entrañas, y para cuando descubrieran su cadáver ella estaría muy lejos.

Colocando una coqueta pajita en el letal vaso lo llevó al salón, diciendo mientras tomaba asiento frente a él:

—Hace tantísimo calor que compré esta sandía buenísima... Mira a ver qué te parece.

Laura se extrañó de que mientras José levantaba el vaso haciendo un pequeño brindis, sus ojos la miraban fijamente, pero ya no había ira en ellos, solo una profunda tristeza y resignación. Nerviosa, Laura tomó la cajita de bombones y, tomando uno, comenzó a mordisquearlo.

El hombre apuró todo el vaso de jugo casi en un solo trago. Laura, perturbada, tomó otro bombón y, mientras él se desvanecía, ella sintió que algo le quemaba por dentro. No podía respirar y, en su desesperación, mientras caía al suelo en agonía de muerte por efectos del veneno tiró la cajita, que cayó abierta justo ante sus ojos. En la tapa interna estaba escrito, con letras grandes y temblorosas:

“Donde yo vaya, tú también irás”.



EL PISITO DEL OLVIDO

—¡Muy bien, señor Tarazona! Reciba usted mis parabienes por confiar en nosotros y, tan pronto pueda ver con sus propios ojos el maravilloso piso que le ofrecemos, no tiene más que expedir su cheque a nuestro nombre para que el encargado le entregue la llave que le acredita como uno más de nuestros felices inquilinos —habló la desconocida voz por teléfono.

Fabián no podía creérselo todavía. “Así de fácil, sí señor”. Y eso que la urraca esa le había pronosticado que nunca conseguiría un buen piso con la mierda de sueldo que ganaba, mientras echaba todas sus pertenencias por la ventana. Y he ahí que aquel anuncio por internet lo ponía tan fácil y a su alcance. ¿Dónde encontrar una vivienda en tan buena zona con dos dormitorios, amueblado y todo por un alquiler casi irrisorio? Aunque no las tenía todas consigo, no había tenido que soltar ni un centavo todavía. “Todo será ver primero el pisito, a ver si es verdad tanta belleza”, pensó Fabián mientras se dirigía a la dirección que la voz del teléfono le había indicado.

El edificio que se mostraba ante sus ojos lo dejó anonadado por la impresión. Era en verdad fenomenal. Una construcción moderna e impecable. No se explicaba como nunca había reparado en él, ya que recordaba haber pasado muchas veces por ese mismo lugar. Se animó a entrar, y una señorita muy amable lo esperaba tras del mostrador de recepción.

—¿Me imagino que es usted el señor Fabián Tarazona? —le preguntó con una de sus más amplias sonrisas, haciendo tintinear en su mano el pesado conjunto de llaves de donde extrajo un par mientras se dirigía hacia él—. ¡Creo que son estas, sin duda! —dijo entregándoselas.

Fabián parloteaba con la chica en el ascensor que parecía no llegar nunca a su destino, y se extrañó de no haberse dado cuenta de que el inmueble tuviese tantos pisos. Cuando pensaba que nunca pararía aquel trasto, las puertas se abrieron con un chirrido y Fabián descendió. No había caminado ni dos pasos cuando se cercioró de que la recepcionista no se encontraba a su lado. El ascensor siguió su camino, y él miró hacia todas partes en busca de la recepcionista, pero nada, ni rastro de ella. Con las llaves en la mano se aproximó al piso y pensó que a lo mejor la chica había decidido bajar por las escaleras, o tal vez entró en otro piso. La esperó durante un par de minutos y entonces se dio cuenta de que frente a él se encontraba la puerta. Ya que ella no

estaba, Fabián pensó que no tenía nada de malo que echara un vistazo por sí mismo. Metió la llave en la cerradura y penetró en el inmueble.

No se esperaba encontrar algo así. El pisito estaba impecable. Si no era nuevo, por lo menos lo parecía, y ni hablar de la decoración, allí parecía no faltar de nada. Muebles de lujoso estilo, un bar bien surtido, cuadros auténticos, lencería sin estrenar y todos los artefactos eléctricos que se puedan necesitar, televisor de plasma y hasta un ordenador. Una idea cruzó su mente y se acercó al teléfono. Tenía tono. Aquello era increíble, y todavía inspeccionando la cocina encontró en los estantes todo un arsenal de utensilios de cocina, víveres en latas, paquetes de conservas y, en la nevera, agua fresca, refrescos y algunas frutas. Fabián pensó que tendría que preguntar cuál era el costo de todo aquello. Hablaría con la chica cuando bajara a firmar el contrato. Pero, de repente, se sintió muy cansado. Penetró en la habitación, y si ya estaba asombrado de tanta comodidad, se impresionó más aún al ver el exquisito juego de cuarto. Se desplomó sobre la cama. El colchón era de primera y comenzó a sentir una somnolencia extraña, que lo sumió en un profundo sueño en pocos minutos.

Fabián despertó y miró el reloj de pared artesanal que marcaba la misma hora en que había llegado. “No puede ser”, pensó, y consultó su reloj de pulsera, pero mostraba lo mismo. A él le pareció haber dormido mucho y se sentía relajado y tranquilo. Observó que tendido sobre la cama se encontraba un albornoz de color rojo acolchado y perfecto. No pudo resistir la tentación y, despojándose de sus ropas, se cubrió con él. “Qué agradable sensación”. Este era sin duda un verdadero hogar, y no el que tenía con la urraca, que nunca se ocupaba de nada. Fue hasta el salón e inspeccionó el bar. Todas las bebidas existentes parecían estar allí y se sirvió un whisky.

—¡Ay, urraca, si me vieras ahora te morirías de envidia! —exclamó en voz alta, y lanzó una fuerte carcajada.

Fabián siguió bebiendo. Ya era tarde y se extrañó de que la chica de la recepción no hubiese vuelto a buscarle, así que salió al pasillo, pero le pareció insólito que el ascensor en el que había subido no estuviera allí, ni hubiera ninguna otra puerta más que la suya. Buscó las escaleras, pero allí no había nada más que suelo y paredes. Fabián pensó que estaba borracho y como ya era muy tarde, esperaría a mañana. Se metió entre las sabanas impecables y se quedó dormido casi al instante. Un ruido ensordecedor turbó su sueño y, levantándose, buscó a tientas los zapatos, encontrándose con unas zapatillas bajo la cama en las que no se había fijado anteriormente. El sonido cesó por breves instantes solo para comenzar de nuevo mucho más fuerte. Le siguió la pista hasta el salón: una bandada de pájaros se había enseñoreado con el lugar. Eran más de 100 los que tapaban el ventanal en un loco aleteo, y otros muchos volaban y tropezaban contra el techo, graznando desesperados por escapar de allí. Cogiendo una toalla comenzó a espantarlos dando voces, mientras recibía multitud de picotazos. Trató de abrir la puerta para pedir ayuda, pero estaba atrancada y no logró abrirla. Pensó que tal vez se había equivocado de llaves. Al fin pudo con ellos y, aterrorizado, cerró todas las ventanas del piso corriendo las espesas cortinas hasta quedar en penumbras. “Esto es el colmo, mañana mismo me quejaré a la encargada”, se dijo a sí mismo.

Fabián no pudo volver a conciliar el sueño, estaba realmente asustado. Trató de abrir la puerta de nuevo, pero esta no cedía. Miró una y mil veces las llaves. Él estaba

seguro de que eran las mismas que la muchacha le había entregado. Desesperado comenzó a golpear la puerta dando gritos, pero nadie acudió. Fue hasta el teléfono y marcó emergencias. La grabación contestó:

—Emergencias. Marque uno si desea comunicarse con la policía. Dos con su centro de salud. En otro caso espere —Fabián marcó el uno, pero la grabación comenzó de nuevo a repetirse. Volvió a marcar varias veces con el mismo resultado y, agotado, colgó el teléfono con fuerza. Esperó unos instantes y decidió llamar a su exmujer. El teléfono sonó varias veces y una voz femenina adormilada contestó.

—¿Sí ,dígame?

—¡Clarita! Oye, en verdad no te quiero molestar, pero estoy en un aprieto.

—¿Sí ,dígame? —volvió a decir la mujer.

—Que soy yo Clara, Fabián.

—¡Sí, oiga conteste o deje de fastidiar! —dijo Clarita, y colgó el teléfono.

—¡Vaya, debí de imaginarme que este aparato de mierda no funcionaría! —dijo en voz alta, mientras se servía un vaso de whisky. Pronto, la modorra que acompaña al licor hizo presa de él. Siguió bebiendo durante horas en penumbra, sin saber si era de día o de noche. El sueño le venció de nuevo, y despertó tendido sobre el suelo. Pensó entonces en bajar a hablar con la recepción sobre los pájaros y consultó el reloj de pared del cuarto. Nada, las manecillas seguían marcando la misma hora. Fabián lo golpeó y el cristal saltó en mil pedazos, lacerando su rostro. Corrió hacia la puerta, pero en el sitio donde debería estar solo había una pared. Estaba aterrado. “¿Qué demonios pasa aquí?”, se preguntó. Las ventanas. Pediría auxilio desde las ventanas. Pero los pájaros seguían allí expectantes. Cayó al suelo sollozando. Se sentía atrapado y tenía miedo. Un trago le devolvería el valor y le haría pensar con claridad.

Fabián no sabía cuántas horas o días pasaron. Trató de comer algo, pero su estómago rechazó el alimento y vomitó. Se sentía débil y enfermo y se dejó caer sobre la cama dispuesto a dejarse morir allí mismo.

Sobre el silencio total creyó escuchar el ruido del ascensor. Fabián se incorporó a duras penas y, para su sorpresa, ahí estaba de nuevo la puerta. Con nerviosismo introdujo la llave y esta se abrió justo cuando sentía que el elevador se ponía en marcha. Sacando fuerzas se lanzó hacia él y logró introducirse antes de que cerrara para comenzar el interminable viaje de bajada. No se lo podía creer, al fin libre de nuevo. Pero debía tener cuidado de que no lo volvieran a coger. Ya en planta baja trató de pasar desapercibido, pero la chica de la recepción lo divisó por el rabillo del ojo e hizo sonar un timbre que taladró sus oídos e hizo que se llevara las manos a la cabeza. Al momento, varios hombres vestidos de azul se echaron sobre él. Fabián se defendía como una fiera herida hasta que le inyectaron algo que lo dejó inconsciente.

Fabián recuperó la consciencia. A su lado un hombre con bata blanca lo examinaba. Trató de reaccionar, pero estaba atado a la cama. El médico le obligó a echarse con suavidad. Allí había alguien más. Era Clara. ¿Pero qué hacía ella allí? La mujer le acarició la mejilla y le puso un suave beso sobre sus labios. Se veía alterada y un poco triste. Salió del cuarto junto al médico conversando los dos en voz baja. Hasta Fabián llegaron parte de sus palabras:

—¡Créame, señora Tarazona! Ha sido una verdadera lástima que su esposo lograra escapar cuando la terapia iba tan bien. Lamentablemente, sigue con sus alucinaciones y tal vez no logre recuperarse. ¡Sí, es una verdadera lástima!



# EL ESPANTAPÁJAROS

Fue Juanito, su vecino, quien le habló de una prima que vivía en la Gomera y que a sus cuarenta y tantos aún estaba soltera y célibe. Aquello de célibe le gustó a Antonio y, sin más, después de que Juanito le mostrara una instantánea familiar en la que, entre un grupo de personas y apenas perceptible, se apreciaba a una mujer agraciada y algo entradita en carnes, exclamó:

—¡Esta es Isa! ¿Guapa, verdad? Además, muy limpia la jodía.

Antonio es un buen hombre, trabajador, agricultor y honrado a carta cabal. Todavía fuerte para su mediana edad, habita en un pueblito del sur de Tenerife, al pie del gran Teide. Allí tiene una finquita que ya era de sus abuelos y, como casi todos, nunca ha salido del terruño, salvo cuando fue a buscar a Isabel a la Gomera después de quedar viudo. Su primera mujer murió pateada por una mula y, a pesar de la desgracia sufrida, Antonio no quiso deshacerse del animal.

—La pobrecita no supo lo que hacía, para qué la voy a matar —dijo, y por recomendación del cura la bañó en agua bendita para espantarle lo malo, y le hizo unas misas a la difunta para que descansara en paz.

Así sin más, el mismo día que llegó a la Gomera, ya estaba lista la boda. Le gustó a Antonio aquella mujer con un vestido de novia que había pertenecido a alguien con diez kilos menos y que se colgó de su brazo como si fueran conocidos de toda la vida. Isa vivía con una tía que la había acogido después del fallecimiento de sus padres, que

no le habían dejado más que deudas. Así que Isa vio en el repentino novio su tabla de salvación. La fiesta estuvo de lo más animada y Antonio muy orondo. Para demostrar a todos que tenía posibilidades, les habló de su finca y de cuantos sembrados y animales tenía, no fueran a pensar que la chica se casaba con un pobrete. La celebración fue muy animada y el flamante novio, haciéndose de una guitarra, animó la fiesta tocando sin mucha destreza pero poniendo el corazón en ello varias canciones alegres y picantes que hicieron reír a la concurrencia. Así que, cuando se quedó solo con Isa y esta le sorprendió echándose en sus brazos sin ningún pudor, Antonio se desilusionó un poco al comprobar que lo de “célibe” no era más que un engaño del vecino, y aquella palomita tenía ya muchas horas de vuelo. Pero pensando que ya estaba viejo para tantos remilgos y que la mujer que le había llovido del cielo hasta le gustaba, se volvió a Tenerife recién casado y feliz, sintiendo que, sin duda, era un hombre afortunado.

Pero no todos estamos contentos con nuestra suerte. Isabel, que se había hecho a la idea de haberse casado con un terrateniente, no podía ocultar la desilusión que la embargaba mientras Antonio le mostraba entusiasmado la pobreza de la antigua casa de piedra, el corral con apenas dos cerdos, muchas cabras y un montón de gallinas sueltas que todo lo invadían. Por un momento la chica se lamentó de haber hecho un mal negocio con el casorio, hasta que le mostró el sembradío. Las hileras donde asomaban las hortalizas de todo tipo en perfecto orden, las higueras y el platanal que mecía al viento su deliciosa carga la sorprendieron gratamente, como buena labriega que siempre había sido. Aquella huerta sí que valía la pena. Él se dio cuenta de la impresión que le había causado la tierra y exclamó abarcando con su brazo un espacio imaginario.

—¡Y tengo mucho más terreno que no se puede ver desde aquí ,Isabel, y ahora con tu ayuda nos producirá mucho más! —Antonio se inclinó sobre ella para besarla, pero Isabel se escapó de sus brazos y se acercó a un espantapájaros que, como mudo vigilante, estaba atento al sembradío.

—¿Pero cómo se te ocurrió vestirlo de esta forma, Antonio? —dijo la mujer riendo—. ¡Si parece un guardia civil con esa chaqueta y esa gorra! ¿De dónde lo sacaste? Por amor de Dios, juraría que está vivo. Con razón no se acercan los pájaros: le tienen miedo a la autoridad.

Pasaron los días. Isabel puso esfuerzo y orden en la vetusta casa de piedra. Las ventanas lucían ahora alegres cortinas de flores, las gallinas estrenaron corral y ellos se sacaban un buen dinero de la venta de leche y queso de cabra entre los pueblitos vecinos. Antonio se sentía un hombre completo con su nueva compañera, tan dispuesta que trabajaba mano a mano junto a él y mantenía el hogar como una tacita de plata, resultando además excelente cocinera. Agradecido y enamorado el hombre, acompañado de su guitarra, cantaba para ella algunas “isas” plañideras muchas noches a las puertas de la casita de piedra donde descansaban de la dura jornada diaria.

Aunque era un hombre muy austero proporcionaba a la mujer todo lo que ésta le pedía para la casa y la huerta, hasta que Isabel manifestó su deseo de comprarse algo de ropa y Antonio, que era algo tacaño y poco amigo de gastar en banalidades, sacó un par de vestidos de la difunta que seguro le quedarían bien a ella. Ahí se formó la primera y única pelea del novel matrimonio. Isabel adujo por las buenas que aquello no se lo pondría nunca jamás, pero Antonio insistió y la reyerta se intensificó de tal manera que

la acusó de mujerzuela por aquello de la castidad inexistente, y que mujer buena y santa era la que le pateó la mula, y ella le llamó picha floja y desgraciado patán.

—¡Pero cómo crees que me voy a vestir con la ropa de una muerta, so cabrón! — le gritó ella lanzándole los vestidos a la cara, e inmediatamente Antonio se los devolvió. Comenzaron a volar cacharros, platos, palos y piedras por la casa. El matrimonio llegó a las manos e Isabel no supo en qué momento Antonio, llevándose las manos crispadas a la garganta de donde manaba sangre a borbotones, se deslizó a sus pies, balbuceando frases confusas con los ojos vidriosos de la muerte fijos en ella. Isabel miró sus manos empapadas en sangre y el trozo del jarrón de cerámica con el que le cortó la garganta y se arrodilló junto al cadáver en silencio, sin una lágrima. “No ha sido más que un accidente” pensaba la mujer, “y ahora me van a meter presa por culpa de este malparido”. Le pegó una patada al cadáver y, confusa, salió de la casa y fue hacia la huerta. Allí, balanceándose por la brisa, estaba el espantapájaros vestido de guardia civil y tuvo una idea.

Juan, el vecino, preocupado por no haber visto en muchos días a Antonio, se acercó hasta la casa. Isabel, muy afectada, justificaba la ausencia de Antonio. No se explicaba qué podía haber sucedido con el marido, que había salido como siempre con la mula para repartir el queso y los huevos y no había vuelto.

—¡Pero mujer, nadie desaparece así como así, y menos por aquí!

—¡Ya! Pero a lo mejor le asaltaron por el camino para robarle.

—¡Qué dices! ¡Por favor, aquí nos conocemos todos! Creo que no me cuentas la verdad, Isa.

Isabel cambió un poco la versión de los hechos ya que lo del robo no colaba, y continuó un poco asustada por las suspicacias de Juan.

—Ay, primo, es que no sé si decírtelo, pero Antonio resultó un mal hombre que se emborrachaba y me pegaba constantemente —mintió la mujer, y echando mano de la punta de su delantal comenzó a llorar entre balbuceos, diciendo compungida—: Creo que aprovechó cobrar ese dinero para abandonarme. ¡Sí, eso es lo que pasó seguramente! Y me da vergüenza que la gente piense que mi marido me dejó por ser una mala mujer. ¡Ya sabes, como nosotros no somos de aquí, nos critican! Te ruego por favor que esperemos un poco a ver si vuelve, porque no quiero andar entre lenguas, ya sabes cómo son estas cosas.

Juan, el vecino, sintió pena por ella y le palmoteó la espalda para darle ánimos diciendo:

—¡Bueno, esperaremos un par de semanas y, si no vuelve, tendremos que avisar a la autoridad!

Pasó el tiempo especificado y llegaron dos policías. Se veía que se habían puesto un uniforme hacía mucho tiempo guardado: total, en ese pueblo nunca pasaba nada salvo algunas pequeñas escaramuzas entre los habitantes, así que se podían llamar “policías a tiempo parcial”, y aquello de la desaparición era algo nuevo para ellos. Inspeccionaron con mucha atención la vivienda impecable, el ausente no se había llevado nada. Siguieron por la huerta, el corral y el sembradío. Uno de los agentes se paró cerca del espantapájaros comentando:

—¡Mira que ocurrencia, vestir de guardia civil a este muñeco! —y se cuadró en broma frente a él haciendo reír al compañero, que haciendo un mohín con la nariz, dijo:

—¡Mira vámonos de aquí ,que el olor de las cabras me está molestando!

—Sí, es cierto —contestó el otro—. Ésta señora debe de tener muchas cabras sueltas por el monte.

Nunca se supo qué sucedió con Antonio. Salvo la esposa, el hombre no tenía más familia que se interesara por su suerte. Isabel consiguió mantener ella solita la finca en pie y era común verla por los caminos con la mula cargada de los buenos quesos que vendía:

—¡Mira, ahí viene la de la Gomera. Ese mal hombre que la abandonó no supo lo que se perdía. En fin, así es la vida. Menos mal que ella salió adelante —solía comentar la gente y, en efecto, al paso de los años, Isabel había ampliado sus posesiones siendo la envidia de todos.

Algunas noches de verano Isabel salía al sembrado con la guitarra a cuestas y la colocaba al pie del espantapájaros, pidiéndole que le cantara alguna canción sentimental, y, entrecerrando los ojos, parecía escucharla. Después retiraba el instrumento y se iba a dormir el sueño de los justos. La mujer no sentía remordimiento alguno. En verdad nunca llegó a amarlo, pero le echaba en falta y, a lo mejor, habría sido feliz con él si no hubiera sucedido aquel fatal accidente. Su mente había borrado el momento en que, llena de rabia, buscó con que herir al hombre y quiso la casualidad poner aquel fragmento de cerámica afilado como un cuchillo en sus manos.

Pasados algunos años y declarada viuda por las autoridades, tomó la decisión de retirarse y vender su propiedad. Había ahorrado mucho dinero y tenía asegurada su vejez. Debía de haber otro mundo lejos de allí que le gustaría a ella conocer. Además, el miedo le atenazaba el corazón al pensar que en cualquier momento, alguien encontraría el cadáver momificado de Antonio dentro del monigote aquel, y ella tendría que dar más de una explicación. “Y todo por aquel día desdichado de la pelea que se le fue de las manos”. Se repetía siempre la mujer.

Los futuros compradores acompañados de Isabel estaban encantados con la casa de piedra tan típica de esos lugares, los animales de corral y, sobre todo, la inmensa huerta. Como todos los visitantes, se detuvieron ante el espantapájaros, que parecía llamarlos, y comentaron divertidos:

—¡Mira! El espantapájaros está vestido de guardia civil. ¡Vaya idea! ¿A quién se le habrá ocurrido?



EL ESCLAVO

La señorita que atendía la inserción de anuncios en el periódico local contempló con incredulidad al hombrecito delgado que, frente a ella, se sujetaba las gafas sobre la nariz con nerviosismo.

—¿Está seguro de poner esto? Porque me imagino qué será algo así como una broma —le increpó ella, pero él solo asintió con la cabeza en señal de conformidad, e hizo un ademán como de “siga con su trabajo sin importunarme”. La chica, encogiéndose de hombros, escribió algo más y le entregó un recibo diciendo—: ¡Pase por la caja para cancelar, por favor! —y lo vio marcharse entre asombrada y divertida, no sin antes echar otra mirada al aviso.

BUSCO CON URGENCIA UNA PERSONA,  
HOMBRE O MUJER, QUE ESTÉ DISPUESTA  
A SER MI ESCLAVO POR PROPIA VOLUNTAD.  
CONTRATO DE POR VIDA: INF. SR. RAMÓN  
TLF. 009575378 DESPUÉS DE LAS 5 P.M.

Ramón se apuró a llegar al banco. Se le había hecho un poco tarde con lo del aviso y él nunca se retrasaba en abrir la agencia bancaria, en la que después de casi treinta años había obtenido la gerencia. Al llegar, los demás empleados estaban esperando junto a varios clientes muy molestos que miraban insistentemente sus relojes. Dando excusas por la tardanza, Ramón se dispuso a comenzar el día. Estaba seguro de que recibiría contestación a su propuesta y le molestó la insistencia de la chica del periódico. “A fin de cuentas, hay gente para todo”, le había dicho también su amigo Nacho cuando se lo comentó bromeando. Pero añadió muy serio:

—¡Tú debes de estar loco! ¿No sabes que la esclavitud se acabó hace mucho tiempo? Además, que eso es ilegal y puedes ir a la cárcel.

—¿Por qué? Todo el mundo puede hacer con su vida lo que quiera, ¿no? Yo especifico bien clarito que sea por propia voluntad y eso no es castigado, que yo sepa ¿Qué más puede pedir una persona que tener su existencia asegurada? Yo me comprometo, a cambio de su sumisión absoluta a mi persona, suministrarle cobijo y alimentación además de velar por su salud para siempre, y en caso de que yo muriera antes le dejaría todo lo que poseo a su nombre, ya que no tengo ningún pariente cercano. ¿Es o no una buenísima oferta?

Ahí fue cuando Nacho exclamó aquello de que “hay gente para todo”, y eso era lo que él esperaba. Había meditado mucho sobre aquella idea y estaba dispuesto a llevarla a cabo. Ya contaba con más de cincuenta años, y después de un matrimonio fallido con Isabel que apenas duró un par de años y otro de convivencia con aquella loca vegetariana que le hizo quedarse en los huesos de solo comer espárragos y brócoli, ahora él quería mandar en su casa y que sus ordenes fueran obedecidas sin chistar. Ya había probado con criadas interinas y estaba harto de que se llevaran los alimentos a escondidas, encima de cobrar carísimo, y hasta se negaban a ir a la compra o a hacer cualquier encargo a menos que les aumentara la paga. Por eso él quería un esclavo y todo sería cuestión de aguardar a algún interesado.

Durante las dos primeras semanas no recibió ninguna respuesta. Pero ya estaba a punto de perder las esperanzas cuando recibió, en un mismo día, varias llamadas interesadas en su propuesta. Muy alborozado, Ramón citó a los interesados para conversar sobre el asunto.

El primero que llegó a su puerta fue un hombre de unos cuarenta años, un poco pasado de peso y con apariencia sucia. Llegó acompañado de una señora de avanzada edad a la que presentó como la candidata ideal para ser esclava. El sujeto, que dijo llamarse Agustín, alegó que hacía poco tiempo que se había casado, y como la mujer no se llevaba bien con la madre, él resolvió internarla en un asilo, pero resultaban demasiado caros y no estaban las cosas para derroches. Así que cuando leyó el aviso, le pareció que esa sería la solución a sus problemas, ya que estaría atendida y cuidada de gratis.

Ramón guardó silencio mientras miraba a la señora mayor muy pobremente vestida, que con una pequeña maleta desvencijada en la mano parecía muy afectada. Estaba callada, con los ojos bajos para ocultar que estaba llorando. Ramón meditó “cuántas angustias habrá vivido ya esta pobre mujer, y para colmo el hijo quiere deshacerse de ella a toda costa”. Así que preguntó:

—Bueno, dígame qué condiciones tiene su madre para ser una buena esclava. ¡Por lo que yo veo, es una persona muy anciana y necesitada de cuidados!

—¡Qué va! Es una mujer muy fuerte y además, cocina como los ángeles —dijo Agustín, dándose una palmada en su abultado estomago—. Ella hace de todo, es muy limpia y obediente para todo lo que usted quiera mandar. El señor puede jurar que no tendrá ningún motivo de queja.

Ramón le prometió a Agustín pensarlo un poco y les acompañó a la puerta. Cuando se alejaban, les detuvo un momento para preguntar:

—¿Qué piensa hacer usted con su madre? —el hombre se encogió de hombros para contestar:

—¡Pues no sé! La verdad que está jodida, porque la mujer me dijo que “si no se va esta vieja, me voy yo”. Y ya usted sabe, lo primero es lo primero —e hizo un gesto grosero con las manos que le desagradó. Cerró la puerta tras ellos, con pena por la suerte de la pobre anciana.

El segundo que respondió a su aviso fue José. Un hombre joven que se veía fuerte y dispuesto. Le comentó que toda su vida se había ocupado de las tareas domésticas, por lo cual la cocina y la atención de la casa no representaba ningún problema para él.

Era lo que se llama un “manitas”, capaz de reparar cualquier cosa que se estropeara, y en cuanto a las compras, se sabía todas las mañas imaginables de los tenderos, y por eso conseguía siempre lo mejor a buenos precios. Ramón se entusiasmó al encontrar tantas cualidades en el aspirante y, lleno de emoción, fue en busca del contrato para consultarlo con José. En él se especificaba las obligaciones que ambos, amo y esclavo, debían acatar.

*Entre los abajo firmantes, que en lo sucesivo se denominarán Amo y Esclavo, se ha suscripto el siguiente acuerdo:*

*1) El esclavo afirma que lo es por propia voluntad, sin ninguna presión de terceros.*

*2) El esclavo afirma vivir con y para su amo durante toda su existencia, renunciando a disponer de su persona, casarse o tener amigos, así como no ausentarse sin permiso de su amo.*

*3) El esclavo renuncia a tener dinero o bienes de su propiedad sin la correspondiente autorización.*

*Por su parte el amo se compromete a brindarle cobijo, comida, ropa, atención médica y todo lo que necesite para su manutención durante el resto de su vida, beneficiándole con su libertad, un seguro de vida a su nombre y los bienes propiedad del amo, si este llegara a fallecer antes que él.*

José estuvo de acuerdo con todos los términos del contrato, pero parecía indeciso en alguno de sus puntos, sin atreverse a preguntar, al fin rompió su silencio.

—Yo estoy de acuerdo con todo lo que dice ahí. Porque un esclavo no es más que un esclavo, pero no dice nada de cómo me va a castigar el amo, ni cuantas veces al día, ni la forma en que lo hará —dijo un poco avergonzado y continuó—: ¡Debería llevar grilletes en ambos pies para que no escapara y ser castigado con azotes por portarse mal con el amo!

Ramón se quedó atónito y no supo qué contestar, mientras José lo miraba anhelando su respuesta. Poner grilletes y maltratar a otro ser humano no estaba definitivamente en sus planes. Ramón se dio cuenta que se las veía con un loco. Prometió al joven que tenía que entrevistar a otros aspirantes y que, en caso de ser aceptado, esperara su llamada, y lo acompañó a la puerta. Para su sorpresa, José se hincó de rodillas besando sus manos:

— ¡Gracias amo, gracias! —exclamó con lágrimas en los ojos antes de irse.

El tercer candidato resultó ser una mujer de mediana edad sin ningún atractivo a simple vista. A la pregunta de Ramón de por qué estaba interesada en el puesto de esclava, contestó con una larga historia de desdichas. La mujer, tras quince largos años de prisión, acababa de salir en libertad. Había masacrado a sus padres y hermano cansada de sus abusos, y se encontraba completamente perdida, sin hogar ni forma de mantenerse.

—¡Vaya! —exclamó Ramón—. ¿Y cuál fue la causa de que cometiera tan horrible crimen con su familia? Si es que no le importa confiarse a mí...

—¡Pues verá, señor! Nosotros éramos gente pobre y de campo. Mi padre siempre estaba enfermo y mi hermano Antonio, varios años mayor que yo, era quien trabajaba.

No teníamos contacto con ninguna otra persona, ni parientes ni amigos. Nunca fui al colegio y hacía todo lo que mi madre decía sin protestar nunca por miedo a ser fuertemente castigada. El caso es que cuando mi hermano se hizo más hombre quiso marcharse, y entonces mi madre, para retenerlo me entregó a él como mujer con solo trece años. Esta terrible situación en la que era violada y humillada se prolongó mucho tiempo, hasta que traté de escapar. Para mi infortunio me cogieron y me encerraron en un cuarto sin ver el sol durante tres largos años. Pero una noche en que mi hermano abusaba de mí, sin saber de dónde saqué las fuerzas, le di muerte con un tenedor apuñalando su garganta. Me quedé allí tendida en la cama, empapada de su sangre, cuando mi madre penetró en la habitación y comenzó a gritar “¡asesina! ¡Asesina!”, y entonces le hundí el arma en el cráneo. Quise huir, pero mi padre se dio cuenta de lo que ocurría y empezó a pedir auxilio también a gritos. Y entonces le puse una almohada sobre la cara hasta que dejó de moverse. ¿Qué más podía yo hacer? Me condenaron porque dijeron que actué con alevosía, pero eso no es verdad.

—¡Es un poco fuerte lo que cuenta señora! Pero, ¿por qué ahora, en vez de disfrutar de su libertad, quiere ser esclava? —le interrogó Ramón.

—Porque nunca hice nada por mí misma y no tengo ningún oficio. Pero le aseguro a usted que soy una buena persona, muy trabajadora —contestó la mujer. La despidió deseándole suerte, aunque le dejó entrever que nunca la llamaría y ella se marchó un poco triste.

Ramón cavilaba sobre por qué la gente que aceptaba ser esclavo no era nada normal. Lo que menos necesitaba era una ancianita en sus últimos años, un masoquista o una sicópata. La búsqueda se le estaba complicando cuando aceptó entrevistar otro aspirante.

El chico que llegó era muy joven, de muy buena presencia, y se veía vivaz y despierto. Le pareció ser la persona idónea que estaba buscando. Parecía muy normal, y hablaba de forma amena y fluida. Tenía estudios de Bachillerato y contabilidad, lo que le vendría bien a Ramón para el manejo de la casa, y explicó que simplemente quería ser esclavo porque era perezoso y le encantaba la idea de que otra persona le dirigiera la vida. Los hombres llegaron a un acuerdo, y el contrato fue firmado por los dos. El chico, que se llamaba Juan, se quedó desde ese mismo momento en la casa de Ramón como su esclavo.

Las cosas comenzaron a ir mal desde la primera mañana, en la que Ramón aguardó inútilmente a que el esclavo le llevara el desayuno como había indicado. De muy mal humor fue a su cuarto y lo encontró durmiendo. Se armó de paciencia y lo sacudió fuertemente. Juan abrió los ojos y se sentó de golpe en la cama.

—¡Vaya! Parece que no entendiste que comienzo a trabajar a las ocho y no me preparaste el desayuno ¿Acaso no te lo dije anoche? —le recriminó Ramón.

—¡Perdona, amo, pero no me dijiste qué tenía que hacer para el desayuno! Y ya te dije que quería librarme de pensar y dejar que otro decidiera por mí —explicó el chico.

El hombre se calmó reconociendo que en verdad ese había sido el acuerdo entre los dos, y antes de marcharse le ordenó muy bien todo lo que debía de hacer, inclusive ir al mercado para comprar lo que se necesitara. A su vuelta, la casa estaba en el mismo estado en que la había dejado y Juan disfrutaba de un programa de televisión

tranquilamente. A sus recriminaciones, el chico le explicó que no había limpiado la casa porque no le había dicho cómo, y que había ido al mercado, pero no le dijo qué comprar. Ramón volvió a reconocer que tenía razón y trató de ser más explícito con el esclavo en los días subsiguientes. Pero no le sirvió de mucho. Si le ordenaba que barriera, dejaba la basura amontonada. “No me dijo que la recogiera”. Si le mandaba a por patatas, venía sin ellas: “no sabía cuántos kilos”. Al fin le dio orden de que lo llamara por teléfono cada vez que no supiera qué hacer, y entonces no podía ni trabajar, atendiéndole continuamente. Ramón empezó a pensar que el esclavo le estaba tomando el pelo y decidió encararse con él. Con los ojos bajos en señal de sumisión, Juan acató todo lo que le decía, pero insistía en que era el amo quien no se explicaba bien. Así que siguieron las llamadas y el no encontrar nada hecho. Un día, apelando al contrato, el esclavo le pidió que le diera dinero para comprarse ropa nueva, y él así lo hizo.

Al llegar, Juan estaba hecho un dandi con su nuevo vestuario. Había adquirido lo mejor de lo mejor y todo de marca. Ramón explotó. “Así que el muy listo sí sabía qué hacer si no le mandaban”, y saltó de rabia dándole una fuerte bofetada. El chico, aunque endeble, era más joven, y le propinó tal paliza a Ramón que no paró de zurrarle hasta que este comenzó a llorar y a pedir auxilio. Después de eso, no se atrevía a protestar por nada y era él quien limpiaba y hacía la comida mientras el esclavo vivía como un rey. Cansado, le pidió que se fuera y la reacción de Juan fue reírse en su cara alegando el contrato en el que ponía que debía mantenerlo toda la vida.

Ramón estaba desesperado. Vaya idea la suya la de haber metido a ese sinvergüenza en su casa. Mejor haberse quedado con la sicópata o el masoquista. Decidió desembarazarse de él a cualquier precio. Muy avergonzado, le contó a su amigo Nacho su desgracia y este quedó en ayudarlo, no sin antes decirle:

—Ya te había advertido de que lo del esclavo era un disparate, y es el colmo que ese cara dura no se marche por las buenas. Así que entre los dos, que para eso somos hombres, lo sacaremos a la fuerza del piso y a cambiar las llaves.

—¿Y si me espera para atacarme otra vez? —preguntó con miedo Ramón.

—¡Por favor, no seas miedica! Le estás dando más importancia de la que tiene —contestó Nacho—. Ya verás. Mañana después de que salgas del trabajo, ya pasaré yo por ahí.

Cuando Nacho llegó vio varios coches de policía y ambulancias y la profusión de curiosos de siempre frente al edificio de su amigo. Alarmado, se informó de lo que pasaba

—¿Es usted familia de la víctima? —le preguntó un policía, mostrándole un cuerpo tapado con una sábana ensangrentada.

—¡No, soy su amigo! —respondió. El policía lo miró con lástima diciendo:

—Pues mire, parece que se cansó de vivir y se suicidó lanzándose desde el balcón.

Nacho no se lo podía creer. Le relató al policía la existencia del esclavo y la penosa situación que se había creado entre él y Ramón, asegurándole que estaba seguro que fue Juan quien lo había matado. El agente le aconsejó que hiciera la denuncia en la

comisaría, pero para él todo parecía indicar que fue un suicidio y además aquella historia le parecía inadmisibile.

La policía investigó el asunto. En el piso no había ningún rastro ni de Juan ni de sus pertenencias, y menos del contrato. Los vecinos dijeron que Ramón vivía solo y que nunca habían visto a nadie más entrar y salir de allí, y eso sí que era extraño.

Después de un tiempo el caso se dio por cerrado, y las pertenencias de Ramón, que estaban todas a nombre de Juan Ibáñez López, pasaron a sus manos. Eso era lo que Nacho estaba esperando. Lo acusó de haber sido el esclavo del fallecido y el causante de su muerte. Pero el chico vivía en el piso de arriba y era muy conocido por todos los vecinos. Por eso no lo identificaron. Ya vivía allí, y sabedor de la disparatada idea de Ramón decidió aprovecharse de ella. Total, el amo era una persona poco sociable que no conocía bien a sus vecinos.